



Buenos Aires, marzo de 2018

Circular N° 579

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Guillermo Canessa.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

(Hebreos 4:16)

Es esta una hora especial que une las esferas de los difuntos, el más allá, con los que estamos aquí sobre la tierra. Y como dice uno de nuestros himnos, “no se ha dicho aún la mitad”; diría que ni una décima parte conocemos del reino de los cielos, esto es parte de nuestra fe.

La fe es un tesoro que no todos los seres humanos tienen y comparten. Muchos dicen: “qué fácil que te es creer”, pero no es fácil. Muchos, si no ven, no creen, y para nosotros la fe es la sustancia de las cosas que no se ven, pero sí se esperan y se creen; sin verlas. Esto es algo que nos tenemos que plantear en nuestra vida; porque hoy tenemos un Servicio Divino especial, en ayuda para los difuntos. La palabra que hoy recibimos alimenta nuestras almas y también es alimento en las distintas esferas del más allá. Pero es nuestra decisión creer. Dios no va a modificar de ninguna manera el libre albedrío, la voluntad del ser humano. Es algo que Dios le regaló. ¿Quieres creer? ¿No quieres creer? Es una cuestión de cada uno; nadie puede obligarnos a creer, por el contrario, tiene que surgir en nuestro interior. Y para ello uno tendría que plantearse: ¿en qué quiero creer?

La posibilidad de redención eterna está en creer en Jesucristo, en que Él vivió, en que Él murió en la cruz, en que resucitó de los muertos, que ascendió al cielo y estamos esperando que vuelva para buscar a aquellos que se preparan para vivir una eternidad en gloria. Esta es nuestra fe.

Dios nos regala a través de la palabra, en cada Servicio Divino, la posibilidad de desarrollar nuestra vida de fe. Lo hace a través de la palabra. Una palabra muy simple, muy sencilla; lo hace a través del Evangelio de Jesucristo que es, sin lugar a duda, el testamento que el Señor dejó cuando estuvo en la tierra. Si pudiéramos obrar el Evangelio de Cristo en nuestra vida, plenamente, seríamos perfectos.

En esta carta a los hebreos, en unos versículos antes dice: *“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retenemos nuestra profesión”* (vers. 14)

¿Cuál es nuestra profesión? No habla aquí de cosas materiales, porque materialmente todos seguramente tenemos una profesión diferente. Se trata de la profesión de la fe, de la vida espiritual: retenemos la profesión. Tenemos un Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades, Cristo estuvo sobre la tierra y vivió las mismas tentaciones, es más, entre todas las tentaciones que pueden tener los seres humanos aquí sobre la tierra, está el no creer en nada, el no poder vivir la fe en el ser interior, la sustancia de las cosas que no se ven pero se creen. También esa es una tentación: ser descreído de todas las cosas.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. (vers. 15)



Él no cayó en el pecado, nosotros lamentablemente y permanentemente caemos en la tentación y en el pecado. El texto que envía el Apóstol Mayor para este día dice “acerquémonos”. Ésta es la palabra, y vuelvo a decir, es para las almas que habitan en el mundo del más allá y para nosotros. De la misma manera, nos tenemos que acercar al Señor. Cuando lo hacemos, empezamos a creer y a desarrollar una vida de fe, una vida espiritual, una vida interior que se va nutriendo a través de la palabra y del Sacramento del cual participamos. Esta es nuestra fe: Creer en Jesucristo como el Hijo de Dios que estuvo en la tierra y que trajo al hombre la posibilidad de redención eterna; porque el hombre que cayó en el pecado y que no cree, lo único que espera es el momento cuando termina la vida aquí sobre la tierra. Vivimos distintas etapas en nuestra vida: somos niños, en otro momento jóvenes, en otro momento adultos, en otro momento mayores o de la tercera edad y luego hay que dejar la carne. Cuando no hay fe, no se cree en el porvenir, entonces esa es la vida del ser humano: nace, crece y muere. Cuando permitimos que la fe desarrolle en nuestra alma, allí pasamos a un estado de espera espiritual. Porque Dios es un Dios de vida, no un Dios de muerte. Y esta vida, la que es visible, es una parte de la vida, y esto también es parte de nuestra fe.

Dice nuestro texto: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”*. ¡Acerquémonos al Señor! Porque Él nos conoce, nos ama. Ha derramado su amor y su misericordia por aquellos que pueden creer en Él y vivir esperando el cumplimiento de la promesa. Es una palabra para las almas que ya se han anticipado y están en las esferas de los difuntos, pero también para nosotros. Entonces uno podría preguntarse: ¿crees en esto? ¿Crees que cuando termina esta vida material visible hay otra vida y es la continuidad? ¿Lo creen ustedes? Porque si no, nuestra fe sería vana. El Apóstol Mayor mencionaba en un Servicio Divino que hay muchos que creen en Dios, pero no en la resurrección. Creemos con los pies sobre la tierra, no es una fantasía; que podamos vivirlo y creerlo intensamente. Es parte de nuestra vida espiritual, de nuestra fe. Cuando tenemos la claridad suficiente para creer en esto, ya aquí sobre la tierra empezamos a desarrollar una forma de vida distinta, porque todo pasa primero por las manos de Dios. Podemos confiar en ello, podemos acercarnos, como dice el texto, *“confiadamente al trono de la gracia”*.

¿Qué es el trono de la gracia? Es Jesucristo. Es la fe en el Señor, que resucitó de los muertos que ascendió al cielo y que estamos esperando que vuelva a buscarnos. Dios quiere llevar nuestra alma al conocimiento de la verdad, que es Jesucristo. La verdad, invariable y absoluta viene de Dios. ¿Lo crees? Eso ya es nuestra decisión. ¿Lo puedes vivir? Es nuestra decisión. Y cuando nos decidimos por creer en esto y por vivir este estado espiritual, esta fe, entonces allí está la bendición de Dios que nos acompaña en la vida. Podemos saber en nuestro interior que Dios acompaña nuestro camino.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”. ¿Por qué confiadamente? Porque Él nos conoce. ¿Qué pasa cuando estoy en casa? ¿Qué pasa cuando estoy en el trabajo, cuando estoy circulando por la calle con el vehículo o caminando? ¿Qué pasa cuando alguna injusticia ocurre en mi vida, cómo reacciono? Y las almas que están en el más allá, que han vivido aquí sobre la tierra, viven los mismos sentimientos, lo único que no tienen es el cuerpo. ¿Qué hace Dios en estos Servicios Divinos en ayuda para los difuntos a través de los siervos enviados? Por medio del altar de misericordia, del trono de la gracia, que es Jesucristo, invitarnos a todos a tomar conciencia de la vida espiritual, a poder creer sin límites, a poder desarrollar nuestra alma, a poder creer que hay un reino eterno. La gloria de Dios está esperándonos. Mientras tanto, como he dicho antes, con los pies sobre la tierra, transitando el camino que nos toca. Pero confiadamente. Porque confiamos en Cristo, confiamos en Dios, no en el propio brazo. Confiamos en Dios por sobre todas las cosas.

“...confiadamente al trono de gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Cuando en nuestra vida no hay más esperanza, nos tomamos de la mano de nuestro Padre, el creador de todas las cosas. Poder confiar en esto es parte de nuestra vida espiritual. Poder esperar el cumplimiento de la promesa siendo niños, siendo jóvenes,



siendo mayores. Decir: “Cuando tú vengas a buscarnos, quiero estar”. Queremos creer por fe en ese reino eterno, nada más y esperar el cumplimiento, para nosotros y para las almas que habitan las esferas del más allá. No conocemos de esto, simplemente creemos, esperamos poder encontrarnos en cada Servicio Divino en la casa de Dios, en el altar del Señor y con nuestros amados.

Queridos hermanos, atrás de cada uno de nosotros hay muchas almas que se han anticipado a casa. Algún hijo, algún hermano, la madre, el padre, el abuelo, pero aún más atrás muchas otras almas; y queremos llevarlas en nuestro corazón, porque justamente el trono de la gracia es Jesucristo. Lo queremos llevar en un corazón lleno de misericordia. Decía el Apóstol Mayor hace poco: oramos por todos, no solo por los que tenemos a nuestro alrededor o cercanos, por todos: también por aquellos que han sido olvidados. Oramos confiadamente y confiamos en Dios por sobre todas las cosas.

Que la gracia de Jesucristo habite en nuestro corazón, que podamos llevar un corazón lleno de amor, de misericordia, de paz, porque Cristo puede darnos también paz. Sobre esta tierra no es fácil conservar la paz, a veces a través de mucha oración tenemos momentos de paz, momentos de alegría pero otras veces se pierden muy rápidamente. No obstante, nuestra confianza en Dios está por sobre todas las cosas. Y para que podamos interceder por otros tenemos que hacerlo en paz. Para que podamos edificar en nuestro interior espiritualmente tenemos que estar en paz. Para ello, tenemos que colocar nuestra fe y nuestra confianza en nuestro Señor Jesucristo, el dador de la vida. Que Dios pueda habitar en nuestros corazones: esto es fundamental para nuestra vida interior.

Al mismo tiempo, ¡Dios nos conoce! Somos su creación, ¿cómo no nos va a conocer? Nosotros, que somos pecadores y limitados, decimos: yo conozco a mi hijo, yo sé quién es, yo sé lo que hace, lo que no hace, lo que piensa, lo que no piensa. Más aún Dios: nos conoce en profundidad, y cuando uno puede desarrollar esa vida interior, esa fe espiritual, cuando uno puede creer cada vez más, entonces vive la esperanza única y maravillosa. Vuelvo a decir lo que dijimos al principio: nuestra fe es un tesoro, no todos los seres humanos tienen fe. Y si tienen fe, la colocan, tal vez, en cosas equivocadas.

Nosotros tenemos fe, por gracia de Dios. Creemos en la resurrección, creemos en una vida eterna y tenemos los pies sobre la tierra. Tenemos que seguir transitando esta vida, pero con esa fe y esa vida espiritual nos encaminamos al día del Señor.

Así, en estos Servicios Divinos en ayuda para los difuntos, también podemos invitar a otras almas a que puedan creer igual que nosotros. Pero seamos honestos, porque si yo no creo no puedo invitar a nadie. Si yo no tengo amor y misericordia, no puedo perdonar. Y si hay una cosa que hace libre al ser humano es el perdón. Cuando yo perdono, soy libre.

Hoy Dios nos invita a que perdonemos. Que podamos vivir ese maravilloso momento de misericordia. Nos invita al perdón: hagámoslo con todo el corazón, vivámoslo profundamente. Luego entonces podremos interceder por las almas en las esferas del más allá.

* * *